

The cover art depicts a dramatic battle scene in a dark, cavernous setting. At the top, a large, muscular warrior with a prominent red and orange feathered headdress and a glowing chest emblem stands on a rocky outcrop. He holds a glowing, fiery battle-axe. Below him, a woman with dark hair and a purple cape is engaged in combat with a green-skinned, horned creature. She is holding a curved blade. The background is filled with more of these creatures and a large, glowing green orb in the upper left corner. The overall atmosphere is dark and intense.

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR

GITSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

DARIUS HINKS

timunmas



GITSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

DARIUS HINKS

timunmas

Título: *Gitslayer*

Versión original inglesa publicada por Black Library, 2021.

Gitslayer, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Storm Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Gitslayer*

Ilustración de la cubierta: Anna Lakisova

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: Simon Saito

ISBN: 978-84-450-1175-1

Depósito legal: B. 8.146-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Maleneth se detuvo al llegar al final de la plancha de hierro y, rodeada de nubes, maldijo en medio de un bosque de leviatanes tintineantes. En Barak-Urbaz nada era completamente visible y las nubes de humo y el estruendo de la industria eran permanentes. Aun así, ni siquiera allí podía escapar de Gotrek. Hasta sus oídos llegaron unos gritos de alarma distorsionados por el humo. Allá donde fuera, el matador dejaba a su paso una estela de gruñidos de protesta, y por encima del fragor general tronaba la propia voz iracunda y brutal de Gotrek.

Maleneth percibió el regocijo del amuleto que llevaba sobre el pecho. El vial lleno de sangre le habló directamente dentro de su cabeza: «Parece especialmente enfadado». Su maestra muerta tenía razón. Maleneth oyó un repentino estrépito de carreras y de objetos que se rompían, acarició sus dagas, masculló para sí y echó a correr.

Maleneth y Gotrek se habían instalado en el barrio de Stromez, o Obscurfjard, como se referían a él los letreros más antiguos, pero a Maleneth todos los barrios del puerto celeste todavía le parecían iguales. Había pasado las últimas horas en el barrio de Skoggyn y, aparte de que había mucha más ceniza en todas partes, consistía en las mismas forjas derramando aceite que abundaban en el resto de los barrios. Estar en Barak-Urbaz era como perderse en el mecanismo de una gran máquina,

recibir los ataques de engranajes y pistones y soportar los rugidos ensordecedores de las chimeneas. Para los agudizados sentidos de Maleneth era un verdadero infierno. Allá donde mirara veía mecanismos del tamaño de montañas; martinets de quince metros aterrizaban con un golpetazo arterial que hacía palpar la ciudad como si fuera un corazón de hierro. Molinos nitrosos vomitaban humo alquímico y Maleneth percibía su sabor metálico cada vez que tomaba aire. Las bombas de antimonio gruñían como monstruos subterráneos. No era la primera vez que Maleneth veía arquitectura Kharadron, pero nunca había conocido un lugar con una actividad más frenética y un aire más acre que Barak-Urbaz. Era como estar rodeada de abejas obreras en una colmena mecanizada; no había nadie que no estuviera construyendo, extrayendo o puliendo en una orgía de desarrollo y consumo. Mientras corría por la plataforma suspendida, Maleneth tuvo que esquivar los tintineantes vehículos, primos hermanos más pequeños de las aeronaves Kharadron, que se deslizaban por el aire a poco más de medio metro de su cabeza. Un poco más arriba había una hilera interminable de girocargueros, unas aeronaves de transporte de mercancías que surcaban el cielo acompañadas por una retahíla de zumbidos y chisporroteos. Maleneth veía en todos los armatostes a los célebres endringenieros Kharadron, colgados de barandillas y de proas sin medida de seguridad alguna, instalando ruedas dentadas y golpeando con los martillos planchas de hierro mientras los vehículos arrojaban sus gemidos al aire. A pesar de la aversión que le producían los Kharadron, Maleneth tenía que reconocer que no se parecían en nada a otros pueblos que había conocido. Mientras otras naciones luchaban por la supervivencia o se arrastraban suplicando clemencia, los Kharadron vivían embarcados en una evolución imparable, y construían e inventaban con un ritmo tan endemoniado que cualquiera los creería capaces de escapar de las voraces garras del Caos.

Maleneth intentó abstraerse del estruendo general y concentrarse en el bullicio que rodeaba a Gotrek. Saltó con agilidad de la pasarela y aterrizó en otro puente de hierro. Se apartó para dejar pasar a un faetón que la adelantó como una exhalación y enfiló hacia su alojamiento.

Según se acercaba al tumulto, unas figuras de escasa estatura y corpulentas se volvieron para mirarla. Todos los Kharadron eran tan bajos como Gotrek y apenas le llegaban al pecho, y la mayoría de los que había conocido hasta entonces acrecentaban su aspecto desgarbado con unos voluminosos trajes de vuelo, que consistían en unos monos de metal y

goma coronados por unos feos cascos remachados. Los Altos Señores Kharadron afirmaban que ese atuendo los protegía de las nubes tóxicas, pero Maleneth dudaba que las mismas toxinas que temían existieran de no ser por sus propias forjas, e incluso su superior organismo aélfico se había visto afectado por ellas. No llevaba ni un día en la ciudad flotante cuando comenzó a tener una respiración anhelosa y los ojos permanentemente llorosos. Se negaba en redondo a ponerse uno de los incómodos trajes de vuelo Kharadron, aunque se lo hicieran a la medida de su esbelta figura, así que cada vez que salía al exterior tenía que taparse la boca con un trapo si no quería acabar tosiendo sangre. Habían tardado meses en llegar desde Anvilgard al portal del reino que los había trasladado allí, y a Maleneth la mortificaba especialmente que después de un viaje tan largo hubieran acabado en un lugar donde el aire era tan tóxico como en la costa del Viento Achicharrante.

Un puñado de Kharadron gruñeron cuando la aelfa pasó junto a ellos. Maleneth los fulminó con la mirada hasta que retrocedieron y se congregaron, protegiéndose unos a otros, alrededor de un brasero traqueteante, envueltos en las nubes de humo, desde donde la miraron con cara de pocos amigos a través de las ranuras para los ojos de sus cascos. A pesar de que flotaba sobre las nubes, aquel barrio del puerto celeste estaba sumido en una penumbra estigia cubierta de nubes moradas y negras, de tal manera que unas esferas de bronce llenas de aéter, que repicaban al chocar con las paredes con la forma de los cascos de las aeronaves, alumbraban las calles y las pasarelas. Esa luz artificial confería un aspecto etéreo a todo aquello que tocaba, así que Maleneth tuvo la sensación de que estaba observando unos espectros mientras miraba con gesto ceñudo a los endringenieros.

A pesar de la suciedad y el ruido, pocos lugares había más seguros que Barak-Urbaz en todo el reino o, mejor dicho, que en cualquiera de los reinos sin contar Azyr. Como consecuencia de ello, el barrio de Stromez estaba tomado por los khordryn, unas pensiones destinadas a los viajeros que visitaban en tropel la ciudad que ocupaban unos tambaleantes edificios. Los Kharadron eran astutos y siempre estaban ansiosos por hacer negocios con los extranjeros, pero también les gustaba tener a los visitantes donde podían verlos. Urbaz era un célebre crisol cosmopolita, pero Maleneth ya se había fijado en lo celosos que eran los Kharadron con las sedes de sus gremios. Era evidente que había ciertas cosas que no estaban dispuestos a compartir con nadie.

Un duardin llamado Brior corrió hacia ella a través del humo, y Maleneth advirtió su expresión de pánico a pesar de que llevaba la cara tapada por una máscara de metal forjada a martillazos.

—¡Tienes que hablar con él! —bramó Brior tendiendo la mano hacia ella para agarrarle el brazo.

Maleneth se echó a un lado al mismo tiempo que desenfundaba la daga con un movimiento tan fluido que Brior tardó un instante en comprender que estaba a punto de morir degollado.

El duardin retrocedió con las manos levantadas.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Maleneth sosteniendo la daga delante de ella.

—Yo... —Brior negó con la cabeza—. Es difícil de explicar. ¡Está fuera de sí!

—¿Con quién se ha enfadado?

—¡Con todo! ¡Dice que va a hacer caer Barak-Urbaz de las nubes!

Maleneth asintió.

—¡Y está discutiendo con alguien! —continuó Brior—. ¡Está gritándole! ¡Pero no oigo la voz del otro! —Brior parecía más angustiado aún—. ¡Por el Código! ¿Y si lo ha matado? Cuando os alquilé la habitación me prometiste que lo mantendría...

—¿Está discutiendo? ¿Quién sería tan estúpido como para discutir con Gotrek Gurnisson? ¿Es Trachos?

—¿Quién?

—El Stormcast Eternal. El sigmarita que viaja con nosotros.

Brior pareció tan preocupado al pensar en Trachos como ya lo estaba por la actitud de Gotrek.

—No lo he visto en todo el día. Salió poco después de que te marcharas tú. —El duardin se inclinó hacia ella y añadió en voz baja, lanzando miradas alrededor—: Me pidió que reuniera la hueste y me encontrara con él en el Salón del Cielo. ¿Qué significa eso? ¿Qué hueste? ¿Dónde está el Salón del Cielo?

Maleneth maldijo entre dientes. Los delirios de Trachos se habían agravado desde que Gotrek vivía en cuerpo y alma para su última obsesión. ¿Tanto había ofendido a Khaine como para tener que acabar con unos compañeros tan ridículos?

«Eso te pasa por dejar vivir a zoquetes como este», le dijo su maestra.

Maleneth no podía discutir la lógica de esa afirmación, pero resistió el impulso de destripar a Brior para quitarlo de en medio.

En la entrada del khordryn se había reunido una multitud y reconoció unos cuantos rostros. Eran otros huéspedes, la mayoría humanos, pero también había algunos duardin e incluso un par de aelfos. Al ver a Maleneth, los ánimos se calentaron y algunos clientes de la casa de huéspedes corrieron hacia ella para exigirle una compensación. Sobre la plataforma yacían desparramadas algunas pertenencias de los viajeros junto con fragmentos de la fachada del khordryn.

Cuando los huéspedes repararon en la expresión de Maleneth y en la daga que empuñaba frenaron en seco. Sin embargo continuaron gritando y exigiendo a Maleneth que se llevara de allí a Gotrek.

Brior asintió vehementemente con la cabeza.

—Tal vez sería lo mejor. Si tanto le disgusta al matafuegos la habitación, podrías...

Maleneth caminó en círculo alrededor de Brior.

—¿Eso es lo que ha provocado el tumulto? ¿Lo has llamado matafuegos?

—¡No! —respondió con aire dubitativo Brior. Se limpió las lentes y negó con la cabeza—. Creo que no... ¡No! Estoy seguro de que no lo he hecho. Recuerdo que me dijiste que prefería que lo llamara enano, así que lo he llamado enano. Aunque, para serte sincero, he evitado en la medida de lo posible hablar con él.

—Una sabia decisión. —Maleneth alzó la vista hacia las ventanas rotas. Los gritos de Gotrek retumbaban en el humo. Parecía enfurecido con la persona que había entrado en su habitación—. La conversación no es su punto fuerte.

Maleneth salió disparada por la pasarela y entró en el khordryn.

Brior la siguió.

—No obstante, sería lo mejor, ¿no crees?

—¿El qué?

—Si tú y el mata... Si tú y el enano buscarais otro alojamiento. Algo que se ajuste más a sus gustos.

Maleneth rompió a reír.

—¿Sus gustos? Podría pasarme la vida viajando con él sin que encontráramos algo que se ajuste a sus gustos. Además, nos dijiste que no había habitaciones libres en ningún otro establecimiento por no sé qué cosa de la luna...

Brior hizo una mueca.

—Kazak-drung. La luna grot. Está casi llena. Y lo poco que queda libre en Ayadah se ha lanzado contra los pieles verdes. —Por un momento

pareció preocupado, pero enseguida se le iluminó el rostro—. Por esto todo el mundo viene a Barak-Urbaz. Nunca habíamos tenido tantos visitantes a la vez. La mayoría de los khordryn están llenos.

—Tus palabras fueron: «Todos están llenos». —Maleneth se detuvo al pie de la escalera de caracol del khordryn—. Por eso acepté pagarte una cantidad de dinero estratosférica por la caja de cerillas a la que llamas habitación.

Brior intentó recular, pero Maleneth lanzó la mano y asió al duardin por la hombrera de su traje de aviador mientras apretaba contra su cuello la daga que blandía en la otra.

—¿Me mentiste?

—¡No, por Grungni! ¡Por supuesto que no te mentí! Pero, si tu amigo es tan desgraciado en mi khordryn, podría enterarme de si en el tiempo que lleváis aquí se ha quedado libre alguna habitación en otro establecimiento. —Brior dudó antes de añadir—: Seguramente no tendrán un precio tan razonablemente económico como mis habitaciones, pero tengo muchos amigos y, por una pequeña suma, estaría dispuesto a intermediar en vuestro nombre...

—Gotrek tiene razón —espetó Maleneth inclinándose hacia delante—. Sois todos unos gusanos avariciosos.

Un crujido ensordecedor, como si una puerta se partiera por la mitad, interrumpió su conversación.

Brior soltó un grito ahogado y sacudió la cabeza.

—No puede quedarse aquí.

—¿Vas a decírselo tú?

Brior se quedó mudo.

Maleneth asintió, soltó al duardin y empezó a subir por la escalera sorteando muebles abollados y cortinas arrancadas de las barras. La única iluminación procedía de una lámpara de áeter que crepitaba en la penumbra, pero la aelfa no tuvo problemas para encontrar su habitación. La ira de Gotrek resonaba a través de las paredes forjadas a martillazos, resaltada por un estrépito de metal golpeado.

Cuando llegó a la puerta del cuarto se detuvo. Maleneth no era ningun cobarde; había sobrevivido durante años en los Templos del Asesinato khainitas, luchado en las guerras de reconquista de Sigmar y visto levantarse muertos para enfrentarse con los vivos. Sin embargo, Gotrek no se parecía en nada a todo lo que había visto antes. Se tomó un momento para musitar una plegaria dirigida a Khaine, deslizó el filo de la daga por

la palma de su mano y se besó la sangre que brotó. Un vigor nuevo inundó sus extremidades antes de empujar suavemente la puerta para abrirla.

La habitación estaba patas arriba. Se habían arrancado los candelabros de la pared y por todas partes había muebles destrozados. Incluso los ojos aélficos de Maleneth tuvieron que esforzarse para comprender lo que veían. Gotrek era una voluminosa sombra en el centro de la destrucción, con la silueta recortada por el brasero que ardía en su hacha. Estaba de espaldas a Maleneth, pero esta veía cómo temblaba su cuerpo con su respiración jadeante.

La aelfa se acercó un poco más para tratar de ver lo que había provocado el arrebato del matador y que este tapaba con su fornido cuerpo.

—Por la sangre de Grungni —gruñó Gotrek rociando el aire con saliva al mismo tiempo que levantaba el hacha para asestar un golpe.

—¿Gotrek? —dijo Maleneth adoptando una postura de ataque.

—¡Embusteros! —rugió Gotrek. Giró sobre los talones con una agilidad pasmosa a la vez que su hacha cortaba el aire en dirección a la cabeza de Maleneth.

La hoja impactó en el marco de la puerta tras dejar una estela de brasas y arrancó un trozo de metal.

Maleneth se agachó para esquivar el golpe, rodó por el suelo y volvió a ponerse en pie en el lado opuesto de la habitación.

Gotrek extrajo el hacha en medio de una lluvia de chispas.

Mientras el matador se preparaba para asestar otro hachazo, Maleneth se volvió y buscó con la mirada a quien había sacado de quicio a Gotrek. Había montoncitos de metal abollado por toda la habitación y una tubería rota del sistema de calefacción escupía vapor, pero Maleneth estaba segura de que no había nadie más en la habitación. Le bulló la sangre.

—Cada vez estás peor.

Gotrek tenía el ojo vidrioso y no veía por él cuando arremetió con su hacha contra la cara de la aelfa.

Maleneth se agachó, la hoja del hacha repicó al chocar con un poste de la cama y provocó otro estallido de chispas.

Gotrek salió disparado por el impulso del golpe y se estrelló contra la pared. Maleneth comprendió que el matador había estado bebiendo. Para su profundísimo pesar, los maestros cerveceros de Barak-Urbaz producían una cerveza llamada hazkal que era tan fuerte que Gotrek la consideraba casi aceptable.

—¿De qué hablas, aelfa? —Gotrek se alejó balanceándose y sacudiéndose las brasas que habían saltado a su barba. Sus ojos ardían con la misma ferocidad que su hacha.

Maleneth lo había visto así antes. La violencia de la que había hecho gala hasta ese momento no era nada en comparación con lo que era capaz de hacer.

Maleneth intentó cambiar su tono por uno más apaciguador, pero no pasó de sarcástico.

—Trachos y tú estáis cada día más pirados. Lucháis contra rivales que no existen. Lo próximo que harás será sumarte a sus cruzadas imaginarias. —Señaló el estropicio—. Aquí no hay nadie.

Gotrek se movió con la agilidad de un borracho experimentado, la agarró por los hombros y la lanzó contra la pared. A Maleneth le lloraron los ojos al recibir su apestoso aliento a alcohol, pero le mantuvo la mirada.

—Estás peleando con los muebles, Gotrek.

—Estoy intentando usar el juguetito que le compraste a aquel vendedor —espetó el matador con un amenazante susurro.

Maleneth había colmado de baratijas a Gotrek, así que tardó unos segundos en recordar qué mentira debía recitar.

—¡Ah, el juntacadenas! —exclamó la aelfa. Divisó la máquina tirada junto a la cama destrozada. Era una cajita con forma ovalada llena a reventar de finas cadenas. El vendedor le había asegurado a Gotrek que tenía propiedades alquímicas, pero ella se había encargado de que ya solo sirviera como objeto decorativo. Era el último de una serie deartilugios cuyos poderes Maleneth había anulado en secreto con la esperanza de que Gotrek perdiera la fe en que las máquinas Kharadron podían ayudarlo.

Maleneth plantó una bota en la entepierna de Gotrek y el matador perdió el equilibrio, se tambaleó hacia atrás y maldijo al mismo tiempo que la aelfa se ponía en cuclillas.

Antes de que Gotrek tuviera tiempo de atacarla de nuevo con el hacha, Maleneth cruzó la habitación de un salto y recogió el artilugio del suelo. Para su sorpresa, el aparato hacía tictac, los engranajes se movían y las cadenas chasqueaban al entrar en la caja.

—¿Lo has arreglado? ¡Por la sangre de Khaine! ¿Cómo lo has...?

El puño del matador impactó en la pared cerca de la cabeza de Maleneth y esta salió volando por la habitación. Maleneth experimentó una extraña sensación de serenidad, como si estuviera flotando durante una

fracción de tiempo. Luego se estrelló contra la pared opuesta, se le vaciaron los pulmones y la sensación de tranquilidad se esfumó. Tenía la cara ensangrentada y le sobrevino la desagradable sensación de que su cabeza se había separado del cuello.

La puerta se entreabrió y Brior echó un vistazo dentro.

—En el barrio de Starkhad hay habitaciones disponibles —anunció en un susurro—. Estoy seguro de que tu señor estará mejor allí. Hay un montón de gente muy diversa y de muchas regiones. Si queréis, yo podría conseguir una rebaja en...

Maleneth cerró de un portazo y arrancó un gemido de sorpresa de Brior. La aelfa rodó luego por el suelo, advertida por su instinto de que lo más probable era que el hacha de Gotrek no tardara en seguir su puño, pero el ataque nunca llegó. Maleneth se puso en pie y vio que el matador estaba absorto en el dispositivo. Sus dedos parecían unos lingotes martilleados, pero manipulaban la máquina con una destreza sorprendente.

—Serán chapuceros estos enanos del cielo —masculló Gotrek estudiando el artilugio—. Otra maldita válvula de seguridad. En el nombre de Valaya, ¿a quién se le ocurriría ponerla aquí?

Gotrek arrancó una pieza del mecanismo y sonó un chasquido metálico. Los ojos del matador se iluminaron cuando una cadena se puso en movimiento otra vez, pero volvieron a apagarse en cuando el mecanismo se detuvo con un clic. Gotrek miró detenidamente el trozo de cadena que había sacado y que colgaba de su mano como si fuera un gusano metálico.

—Solo un idiota pondría esto ahí dentro. Y lo mismo les pasa a todas las máquinas que hemos encontrado.

El pánico se apoderó de Maleneth. Gotrek había descubierto los inhibidores aetéricos que había introducido en sus artilugios.

El matador lo estudiaba tan concentrado que Maleneth estaba segura de que de un momento a otro lo relacionaría con ella. Pero entonces dejó caer el objeto al suelo y propinó un puñetazo a la pared con el que partió otra tubería de la calefacción. Otro chorro de vapor inundó el cuarto.

Maleneth rodó por el suelo lleno de escombros, recogió el inhibidor mientras Gotrek estaba distraído y lo escondió debajo de su ropa. Le había costado muy caro y no tenía la manera de comprar otro.

—Yo podría conseguirles un importante descuento en el precio de la habitación —dijo en voz baja Brior asomándose de nuevo por la puerta entreabierta.

Maleneth la cerró de una patada y oyó con satisfacción que Brior se estampaba contra el suelo al otro lado de la puerta. Luego se acercó sigilosamente a Gotrek, se limpió la sangre de la cara y se mantuvo a una distancia prudencial del matador. Tal vez no fuera cierto que estaba yendo por el mismo camino que Trachos, pero era evidente que Gotrek no pensaba con claridad. Estaba cada vez más irascible desde la pérdida de la *Estrella de Sigmaron* y su tripulación. Maleneth siempre había tenido dificultades para identificar con precisión el estado de ánimo de Gotrek, pero ese problema había desaparecido últimamente. Cuando no estaba furioso estaba borracho. O casi siempre las dos cosas a la vez.

Maleneth se esforzó un poco más para mostrarse comprensiva y esta vez casi lo logró.

—¿Es que no ves que esto es una pérdida de tiempo? Estos endringenieros y aeterquímicos no tienen nada que ofrecerte. —Posó la mirada en la runa que brillaba en el pecho del matador—. Ellos tampoco pueden sacártela. Sin embargo, si me acompañaras a Azyr podríamos dominar su poder. No entiendo a qué viene ese rechazo a ir a Azyrheim, pero si me dejaras que te llevara convertiríamos esa runa en un arma contra el Caos.

—En un arma para ese pelagatos de Sigmar, querrás decir. —El ojo de Gotrek destelló cuando arremetió con el hacha.

Maleneth se apartó de un salto, pero no tenía por qué hacerlo. Ella no era el objetivo del matador.

El juntacadenas explotó al recibir el impacto del hacha y los resortes y las ruedas volaron por la habitación.

—¡Yo no soy el arma de nadie! —bramó Gotrek apuntando con el dedo a la aelfa—. ¡Ni de ti, ni de Grimnir, ni mucho menos de un paleto rubito que se cree un dios! —Dio una patada a la máquina y esta se deslizó por el suelo de la habitación—. Estos Kharadron son unos *kuli* de endrinas de pacotilla, pero incluso la mala ingeniería de los enanos es superior a cualquier otra cosa de los Reinos Mortales. Ese artefacto habría funcionado de no ser por la válvula de seguridad. Casi consigo ponerlo en marcha.

Maleneth miró fijamente al matador. Era una caja de sorpresas. Interpretaba tan bien el papel de zoquete belicoso que no costaba nada olvidar lo perspicaz que era en el fondo. Tenía una afinidad con cualquier objeto mecánico más propia de un erudito. Maleneth había hecho todo lo posible para asegurarse de que el artilugio nunca funcionaría, pero Gotrek había estado preocupantemente cerca de arreglarlo.

El matador se dio un puñetazo en la runa y unas venas de luz brotaron de ella y se extendieron por su torso pringado de cerveza.

—No nos marcharemos de esta ciudad hasta que me quite esto. —Su ojo volvió a destellar y Maleneth retrocedió—. Me da igual si Grimnir está o no aquí dentro, no hay sitio para ella en mi pecho. —Y con una voz más débil añadió—: Ni en mi maldita cabeza.

La puerta se abrió violentamente y Brior se precipitó al interior de la habitación. Una imponente figura en armadura apareció en el hueco de la puerta.

Trachos entró sin prestar atención al casero tirado en el suelo. Estaba hecho un desastre. Sus fantasmas habían regresado con fuerza. El peto de su armadura verde azulada estaba abollado y lleno de rasguños y no paraban de saltar chispas de él. Parecía uno más de los artefactos destrozados que Gotrek había intentado arreglar. Su máscara tenía una grieta en uno de los lados, pero no se vislumbraba un rostro debajo, solo destellos de luz y huesos. Allá donde fueran, los Stormcast Eternals causaban pavor, pero en ese momento Trachos inspiraba mucho más que eso. La gente habría cruzado la calle para no pasar cerca de él... varias calles. Se movía con los andares mecánicos de un autómatas y su cabeza se agitaba a un lado y a otro como si tratara de sacudirse unos pensamientos inquietantes.

Se acercó a Gotrek y asintió con la cabeza, lo que provocó que una lluvia de chispas se dispersara en la penumbra.

Gotrek, Maleneth y Brior miraron fijamente al Stormcast.

Trachos no dio muestras de percatarse de la incómoda pausa y miró al matador a través de las rendijas de los ojos de su maltrecho yelmo.

Brior se levantó del suelo y se sacudió el polvo. Se acercó a Trachos con la cautela de quien se aproxima a un animal herido.

—Estaba explicándoles a tus amigos que he encontrado un alojamiento de una calidad superior en...

—Nos vamos de la ciudad —declaró Maleneth interrumpiendo al casero y lanzándole una mirada de advertencia. Luego se volvió a Trachos—. Nada de lo que Gotrek ha probado ha tenido efecto en la runa. Estos duardin son unos charlatanes. No hay uno solo entre ellos que posea una habilidad especial.

Trachos asintió, y Maleneth se alegró al comprobar que el Stormcast no había perdido por completo la noción de la realidad.

—Solo hay un lugar en todos los reinos donde es posible dominar esa runa: el Yunque de la Apoteosis, en los mismos salones del Alto

Sigmaron, donde aguarda el Rey Dios. Los astrologiones de las Esferas Lunares saben cómo...

—¡Sigmar puede seguir jugando con sus esferas si le da la gana! —bramó Gotrek, visiblemente enfurecido por la mera sugerencia—. Este matador no se esconderá en cielos radiantes mientras los Poderes Ruinosos gobiernan la tierra. Además, yo no quiero dominar esta maldita runa. ¡Lo que quiero es librarme de ella! —Se golpeó con el mango del hacha la runa, que destelló como si fuera una brasa atizada—. Quiero librarme de todos los dioses y de sus baratijas. Después, cuando recupere mi cabeza, por fin podré pensar con claridad.

—Maestro enano, yo podría ayudarte —se apresuró a intervenir Brior para que Maleneth no pudiera interrumpirlo de nuevo.

La aelfa ya se disponía a echar al casero de la habitación cuando Gotrek se le adelantó.

—¿Cómo? —quiso saber el matador.

Brior miró con detenimiento la runa que brillaba en el pecho de Gotrek.

—¿Es ur-oro?

—Ajá. —Gotrek frunció la boca—. Recorrida por una veta de maldad. Esta cosa es veneno.

Brior asintió con la cabeza.

—Los matafuegos... persiguen el ur-oro obsesivamente, lo atesoran. —El casero sacudió la cabeza—. Solo Grungni sabe por qué. Lo esconden en sus fortalezas de las montañas y se lo incrustan en la piel a martillazos, pero si gastaran un poco del que acumulan podrían dejar de vivir como salvajes, con esos torsos desnudos y esas crestas... —Brior se interrumpió en cuanto recordó el aspecto de Gotrek—. Por supuesto, el estilo rústico no tiene nada de malo —se apresuró a añadir—. Es solo que...

Gotrek se golpeó la runa.

—Has dicho que podías ayudarme.

—¿Qué quieres? —Brior lanzó una mirada a Maleneth y a Trachos, que observaban al casero con una expresión asesina—. Tus amigos parecen pensar que...

—¡No son mis amigos ni piensan! En Azyr hay un mono deprimido que piensa por ellos. Quiero sacarme esta cosa del pecho, pero no quiero exhalar mi último suspiro encima de la mesa de un alquimista. ¡Un matador no muere en una mesa! ¡Tengo que sobrevivir para morir como es debido!

Brior se quitó el casco y su larga barba recogida en una trenza cayó como una catarata sobre su traje de vuelo de goma. Estudió con atención la runa.

—Está hundida en las costillas. Será difícil extraerla sin que mueras, incluso para un cirujano experimentado.

Gotrek se puso rojo como un tomate y se le marcaron las cicatrices que le cubrían un lado de la cara.

—Pero conozco a los mejores aeterquímicos de Barak-Urbaz —añadió corriendo Brior—. El capitán Thialf Solmundsson, el maestro del gremio Horbrand, el almirante Skuldsson... Los conozco a todos. No sé si serán capaces de extraer la runa, pero son unos maestros en todo lo relacionado con la metalurgia. Si la runa contiene poder aetérico, podrán extraerlo mediante máquinas y braseros. Y aun en el caso de que no pudieran sacarla, siempre podrían... —Brior se devanó los sesos buscando la palabra adecuada—. ... anularla. ¡Seguro que sí!

Maleneth se maldijo por no haber degollado a Brior cuando tuvo la ocasión.

—Gotrek —dijo la aelfa—, míralo. Es un idiota, como todos los demás. Ni uno solo de ellos tiene la menor idea de lo que significa esa runa.

—Ah, pero tú sí, ¿eh? —Gotrek miró ceñudo a Maleneth—. ¡Es una correa!

Trachos negó con la cabeza.

—No es una correa sino una gran ayuda —declaró el Stormcast—. Con esa runa puedes ser más de lo que eras. Puedes ser un arma muy poderosa contra el Caos.

Maleneth asintió vehementemente.

—Trachos tiene razón, Gotrek. Piensa en todas las cosas que has visto en estos reinos. Piensa en la locura y la destrucción. Tú tienes en tu mano cambiar eso. —Maleneth se sorprendió al oírse hablar con una pasión genuina—. La mayoría solo podemos aspirar a ganar pequeñas batallas, pero tú puedes lograr una victoria definitiva. Si usaras la runa...

—¿Usarla? —La expresión de Gotrek se ensombreció—. ¿Has olvidado lo que pasa cuando la uso? ¿Has olvidado lo que le hice a la *Estrella de Sigmaron*?

El desconcierto de Maleneth era sincero.

—Mataste a algunos marineros. ¿A qué viene esa fijación? ¿Qué peso tienen un puñado de marineros cuando en el otro lado de la balanza está el destino de los reinos?

—¿Yo no los maté, aelfa! Viste lo que pasó. Yo no utilicé la runa como arma, fue ella la que me usó a mí. A lo mejor era él el que estaba usándome.

Maleneth sabía que debía evitar enfrascarse en una discusión con el matador, pero Gotrek la sacaba tanto de sus casillas que no pudo contenerse.

—¿Él? ¿Te refieres a Grimnir? Un dios que, si alguna vez existió, ya está requetemuerto. ¿Fue él quien te obligó a matar a aquella gente? Porque ahora vive en tu pecho, claro. Un dios... En tu pecho... Y te dice lo que tienes que hacer. ¿Estás escuchándote? Nos acusas a Trachos y a mí de ser los esclavos de un dios, pero por lo menos el nuestro existe.

Trachos agarró por los hombros a Maleneth y a Gotrek y se agachó a su lado.

—¿Oís al Lord-Celestant? —preguntó en un susurro.

Maleneth frunció el ceño y cerró los ojos con exasperación.

—Thialf Solmundsson podría ayudaros —intervino con aire titubeante Brior, mirando a Trachos y luego a Maleneth—. Ahora es un señor de la industria, uno de los magnates más ricos de la ciudad, pero hizo su fortuna con la metalurgia. No hay metal que se le resista. Si hay algo en esa runa que queréis sacar, él lo hará.

Maleneth apartó a Trachos de un empujón, furiosa porque los desvaríos del Stormcast habían dado la oportunidad de volver a intervenir a Brior.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo —le espetó al duardin clavándole un dedo en el pecho.

—Llévame a ver a ese tal Solmundsson —aseveró Gotrek.

Brior sonrió.

—Enseguida tendré preparado el contrato. Mis condiciones serán razonables. Solo pediré el pago por adelantado por mis...

Gotrek golpeó al duardin con el hacha en el pecho.

—Nada de contratos. Ayúdame a sacarme esta runa y te recompensaré. A Brior se le borró la sonrisa.

Gotrek salió pisando fuerte de la habitación y se llevó por delante un trozo del marco de la puerta.

—Mi palabra es de fiar —añadió el matador.

Brior hizo el ademán de seguirlo, pero Maleneth lo detuvo antes de que cruzara la puerta.

—No sé a qué estás jugando, pero si le pasa algo a esa runa, te haré pedazos. Lentamente. Con mis propias manos.

Las aeroendrinas rugían en el cielo cuando Gotrek y los demás salieron a la calle. Algunas eran tan grandes que parecían montañas acorazadas, y Maleneth nunca dejaba de sorprenderse de que se sostuvieran en el aire. En lugar de mástiles llevaban unas enormes esferas cargadas de rayos y sistemas de tuberías que conducían la energía a lo largo de los cascos. Vistas desde el suelo parecían unos leviatanes llenos de cañones que se deslizaban por bajíos de niebla y hacían rechinar el aire.

Gotrek y Maleneth fulminaron con la mirada a la multitud que seguía congregada delante de la puerta y Brior hizo unas señas a unos criados para que se acercaran.

—Id a la habitación del enano y limpiadlo todo. Haced una lista detallada de todos los desperfectos. Quiero un inventario completo. Y anotad el valor de los daños.

Cuando los criados entraron corriendo en el khordryn, Brior se sacudió el polvo y sacó pecho. Un ridículo porte orgulloso sustituyó su cara de susto mientras conducía a Gotrek a través de la muchedumbre.

—¡Apartaos! —gritó agitando un ornado bastón que había cogido en el vestíbulo. Era un báculo de bronce coronado por un intrincado yunque—. Tenemos asuntos que tratar con Thialf Solmundsson.

Algunos huéspedes Kharadron quedaron impresionados al oír aquel nombre, pero la mayor parte de la gente continuó exigiendo indemnizaciones.

—Revisad la quinta cláusula del contrato de alquiler, mis queridos amigos —les respondió Brior negando con la cabeza con gesto abatido—. No soy responsable de las indiscreciones de mis huéspedes. Si tenéis alguna queja, presentádsela a Gotrek Gurnisson, aquí presente.

Gotrek se volvió y dirigió una mirada iracunda a los otros huéspedes. Nadie se acercó a él.

El matador asintió con satisfacción y señaló con el hacha las calles atiborradas de tuberías.

—¿En qué dirección?

Brior le señaló el camino y echó a andar con paso resuelto, todavía agitando el bastón.

—El capitán Solmundsson vive en el barrio de Starkhad, cerca del muelle aerostático. Tendremos que ir volando.

Gotrek asintió y enfiló por la calle seguido por las miradas de una multitud todavía boquiabierta.